

Biblioteca-Films

NÚM.
322

El Chico del Clavel

25
CTS.



Douglas
Mac Lean

Frances
Lee



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbrá, 16

B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

Núm 322

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

■ ■

■ ■

EL CHICO DEL CLAVEL

(CARNATION KID, 1929)

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por los alegres artistas de la pantalla

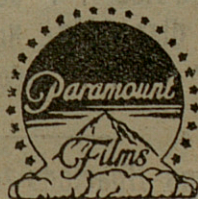
DOUGLAS MAC LEAN

Y

FRANCES LEE

por LOPEZ F. MARTÍNEZ de RIBERA

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

EXITO

de la novela de intriga y emoción

LA MÁSCARA DE HIERRO

última creación del eminente

Douglas Fairbanks

Precio 1 Peseta

NÚMEROS PUBLICADOS

El Arca de Noé . . . George O'Brien
La mujer disputada. Norma Talmadge
Trafalgar Corinne Griffith

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707-Barcelona

Acompañando al importe un sello de cinco céntimos se remite por correo certificado

PRIMERA PARTE

Chatam, es una nueva ciudad, bastante apartada de la metrópoli estadounidense y es, como la mayor parte de las poblaciones de la Unión, una ciudad nueva, creada por hombres *viejos*.

Bajo sus casitas de moderna traza habitan los ancestrales vicios y las eternas malas pasiones que han hecho su alzázar en el alma humana.

La lucha entre los buenos y los malos, en ella como en todas las ciudades del mundo, es cruenta y constante, a pesar de sus rientes alamedas, sus jardines floridos y sus campos de eterno verdor.

Entre todos los que en ella luchan llevando al frente de sus actos la bandera del bien o del mal, dos hombres se destacan.

Llámase el uno Crawford Whitely, honrado juez de aquel pueblecillo, y se dice el otro Jorge Blythe, jefe de una cuadrilla de pisto-

leros que imponen por la fuerza sus opiniones, a pesar del duro acero en que se forjara el espíritu recto y digno del probo funcionario de la justicia que a fuerza de constancia, de prédicas y de virilidad, ha conseguido amedrentar a la cuadrilla, que tiene en él el peor enemigo de su existencia dada al dolo y al crimen.

Al levantar el telón que sumía en la obscuridad esta historia, ofrecemos al lector, como primera escena del drama, la que se desarrolla en el despacho del canalla Blythe, el cual mantiene con su secretaria y a la par su manceba, la siguiente conversación, que hace hablar a Lucila — dicese así la secretaria — de este modo:

—Tú dirás lo que quieras; pero es lo cierto que sino le paráis los pies al juez Whitely antes de las elecciones, estás perdido. Te robará el acta y anulará tu influencia, haciendo de ti un fácil juguete en sus manos que tardarán muy poco en darse el gusto de firmarte un pasaporte para cualquiera de las prisiones de los Estados.

—Tienes razón. Es desesperante estar a punto de ser vencido por ese hombre que nos acorrala con su honradez y su valor; pero yo te prometo que no cantará victoria mucho tiempo.

—¿Piensas llevar a cabo tus designios de hace tiempo?

—Sí. El Chico del Clavel está avisado y llegará de Chicagó esta misma noche... Como comprenderás, el objeto de su visita no es otro que el de despachar a Whitely. Ese hombre es un estorbo, y yo lo que me estorba lo suprimo.

—Tengo muchos deseos de conocer al Chico del Clavel. Dicen que lleva siempre en la maleta una ametralladora plegable y que es un hombre de probado valor.

—Andate con cuidado que el Chico del Clavel es de peligro... y, además, no quiero competidores.

—No te di nunca motivo a que dudes de mí.

—Ya lo sé, querida; pero ándate con cuidado. Me interesas demasiado y no vería con gusto que este bravo, tratase de robarme tu cariño.

—Confía en mí... Ya sabes que me he reído siempre de los niños bonitos.

* * *

Por la llanura que se extiende a pocas leguas de la ciudad en que ocurrían los pasados sucesos y que vamos un momento a abandonar, se desliza uno de los trenes rápidos de viajeros, con tres de los cuales quiero que mis lectores hagan conocimiento.

Son dos de ellos, un joven corredor de máquinas de escribir, que realiza por cuenta de una importante fábrica un viaje de venta y una linda muchacha que de vez en cuando contempla con agrado a su vecino de viaje, quien a su vez no la quita ojo, según el dicho popular.

Parece que la simpatía de ambas juventudes se haya dado la mano en el transcurso del viaje, que comenzó con prevenciones, y ya al final aquellas fueron borradas por la confianza más absoluta.

Comentan el paisaje por el placer de comunicarse y son las incidencias del viaje coreadas por la alegría que parece vivir en el espíritu de ambos.

En el departamento contiguo un hombre joven y elegante, con un clavel en el ojal de la americana, mira receloso cuanto le rodea. Se extraña en él, al contemplarle, la inquietud observadora que anima sus ojos cargados de sombra y da a su rostro un no sé qué de repulsivo que obliga a ponerse en guardia contra las posibles amenazas de que parece cargado su semblante.

Como habrán comprendido nuestros lectores, es este viajero el Chico del Clavel que espera el canalla Blythe para dar fin del juez que le estorba en Chatam.

Pero no las tiene todas consigo. Se sabe perseguido por la policía y no espera nada

de bueno de los "sabuesos" de Chicago que le conocen demasiado.

Su temor no es infundado. En el mismo tren y el departamento contiguo dos policías conversan, creyéndose solos y en su conversación, hay un momento en que pronuncian su nombre.

El Chico del Clavel presta atención a la conversación que hasta el llega atenuada por el muro de madera que le separa de sus perseguidores.

Uno de ellos dice en aquellos momentos:

—El "Chico" es un granuja elegante, viste correctamente y lleva siempre un clavel blanco en el ojal.

—Pues yo he visto a un tipo que me pareció que adornaba su solapa con esa flor en uno de los departamentos reservados.

—En la próxima estación recorreremos el tren para ver si damos con él; pero lo hemos de hacer sin que se dé cuenta de nuestras pesquisas. Tiene muy buen olfato el tal criminal y pudiera escapársenos.

El Chico del Clavel no quiere oír más. Tiene lo suficiente para saber lo que le espera si se deja echar la vista encima y está decidido a obrar antes de llegar a la estación primera.

Lo primero que hace es arrojar por la ventanilla la flor que le delata prendida en su ojal.

Luego sale al pasillo y observa.

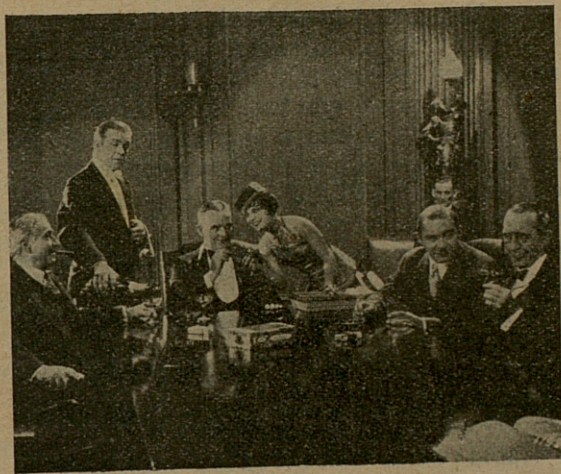
En aquel momento el inofensivo corredor de máquinas de escribir, llamado Clarence Kendall y al que ya hemos presentado a nuestros lectores, pasa por su lado. No llama la atención por su elegancia, y esto es lo suficiente para que el "Chico" se fije en él.

Momentos después y en uno de los reservados del tren en marcha se encuentran Clarence Kendall y el Chico del Clavel que le amenaza al pecho con el cañón de su pistola, mientras le dice:

—No se asuste; no se trata de hacerle ningún daño; pero estoy perseguido y necesito su traje; de modo es que quítese el que usted lleva y póngase el mío. Va usted a salir ganando porque el que le ofrezco es más nuevo y mejor que el que le pido. Comprendo que no es mi petición tan correcta como yo hubiera deseado; pero me corre prisa y estoy dispuesto a todo... ¡Venga su traje!

No tuvo otro remedio el corredor de máquinas que hacer lo que tan amablemente le pedía aquel hombre armado con una pistola digna de toda clase de cortesías y dotado de un rostro que hablaba aún con peores intenciones que la pistola.

Púsose el traje de Clarence el Chico del Clavel, y lanzando un ramo de claveles que llevaba al departamento contiguo, abandonó el vagón, se deslizó hasta el estribo y sin



Jorge Blythe, jefe de una cuadrilla de pistoleros

pensarlo se tendió en él, dejándose caer, ya cerca de la estación de Chatam, a la vía, por cuyo terraplén rodó, quedando privado de sentido junto a la vía, sin que hubieran notado nada ninguno de los viajeros del tren, que siguió su marcha hasta llegar a la estación de Chatam.

Sin embargo, y antes de llegar a la citada estación, el jefe de tren, notando con extrañeza que uno de los departamentos sin ocupar, del tren, estaba cerrado a piedra y lodo comenzó a aporrear la puerta ordenando:

—¡Abra usted la puerta!

—¡Me estoy... vistiendo! — contestó Clarence, casi asustado.

—¡Dése prisa, que este no es su sitio!

Se abrió la puerta y apareció el bueno de Clarence completamente transformado, con la elegante indumentaria que el desconocido le obligara a ponerse.

—¿Por qué se ha ido a vestir usted a ese departamento?...

—No se enfade, señor, que yo le contaré lo que me ha pasado.

Y le contó lo que le sucediera con aquel señor, a quien desde la ventana del reservado vió arrojarle del tren en marcha.

Había tanta sinceridad en sus palabras, que el jefe del tren quiso creerle, diciéndole:

—Bueno, bueno... Ya arreglaremos esto; pero acabe usted de vestirse, porque estamos llegando a Chatam.

Efectivamente, el tren paró en la citada estación en aquel mismo momento.

Cuando Clarence, ya vestido, volvió a su departamento, su joven compañera había descendido del coche y se hallaba en brazos de un señor ya anciano, que al parecer debía ser su padre.

Sobre la máquina de escribir de su compañero, había dejado la joven antes de marchar, un clavel del ramo que llevaba en el pecho; clavel que tardó poco en pasar a ser

adorno de la solapa del corredor que bajó al andén, correcto y elegante, llevando como equipaje su pequeña máquina de escribir portátil.

Su joven compañera de viaje, que era nada menos que la hija del juez Whitely, se alejaba en un coche con su padre, que era el que había ido a esperarla.

Clarence se quedó indeciso, sin saber lo que hacer.

En aquel momento un auto se acercó a él, preguntándole el chofer:

—¿Coche, señorito?...

—Sí; pero siga usted a aquel automóvil blanco...

—Está bien, señor.

Poco después, y ya con las señas de su compañera de viaje en el bolsillo, dijo al chofer que le conducía:

—Lléveme usted a un hotel que no sea muy caro, antes de que anochezca.

Su sorpresa fué grande cuando al tratar de pagar el coche, le dijo el chofer, rechazándole sus monedas:

—Ya está pagado, señor.

Momentos después estampaba su nombre en el registro del hotel a que le había conducido el, a su juicio, equivocado chofer.

Su sorpresa creció de punto cuando el gerente del hotel se le acercó solícito después de haber leído su nombre en el registro y ha-

berse fijado en el clavel que decoraba su solapa:

—¡Míster Kendall! Míster Blythe me mandó reservar un juego de habitaciones para usted...

—¿Para mí?...

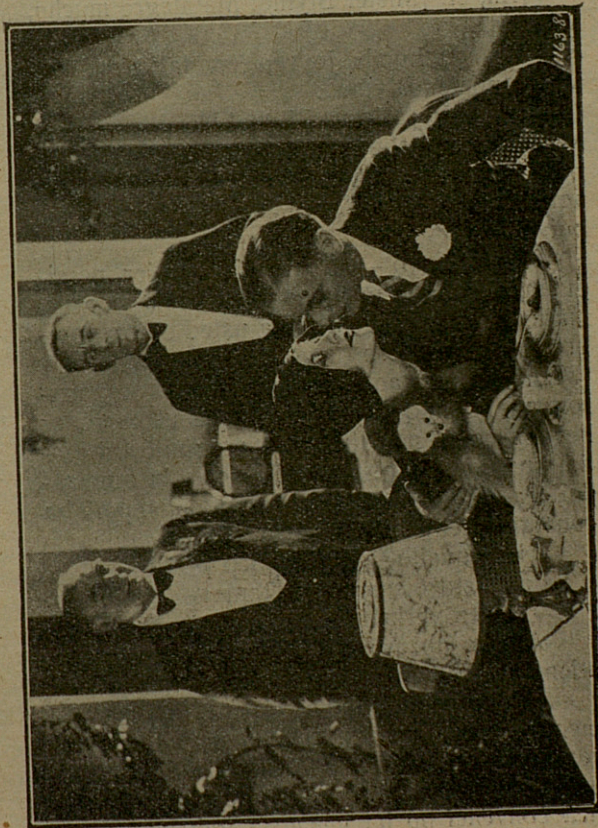
—Sí, señor. Están en el primer corredor. El botones le acompañará.

La sorpresa del buen corredor de máquinas de escribir, que se había lanzado por los caminos de la nación para ver de realizar el sueño de su vida — llegar a ocupar la gerencia de la casa en que prestaba sus servicios — no tuvo límites.

—¿Será por la ropa — se preguntaba — por lo que todo el mundo me agasaja y me recibe obsequioso? ¿Me habrán tomado por un millonario?... Veremos a ver en lo que para todo esto.

Y subió a sus habitaciones precedido por un botones muy ceremonioso y un tanto rígido, enfundado en su uniforme rojo con bocamangas verdes y muchos botones... muchos botones...

En sus habitaciones le aguardaba una sorpresa aún mayor en la persona de Lucila Joyce, secretaria del jefe de la banda de pistoleros de la ciudad que le saludó sonriente envolviéndole en aquella mirada verde de vampiresa joven, y le preguntó:



Balbuces de un primer amor, en el pecho de ambos encendido

—¡Ah, sí! ¡Mister Blythe! Me alegro mucho, señorita...

—Yo soy Lucila Joyce, secretaria particular de mister Blythe...

—¡Ah, sí! ¡Mister Blythe! Me alegro mucho, señorita...

Kendal se preguntaba quién podía ser aquel mister Blythe que tanto se preocupaba por él.

—Me encargó — prosiguió la mujer, persiguiéndole con la gachonería de sus ojos enigmáticos — que le recibiese a usted en su nombre y le condujese luego a su despacho.

En aquel instante los ojos de ella se posaron en la máquina portátil que el corredor llevaba como muestra, y le preguntó intrigada, suponiendo que aquello sería la ametralladora que, según la dijeron, acompañaba constantemente al Chico del Clavel.

—¿Es aquello?... ¡Qué poco pesa!

La asió entre sus manos tanteando su peso.

—¿Desea verla funcionar?

—Ahora, no. Mister Blythe nos espera, y, además, sería peligroso en un hotel...

—¿Peligroso?... No lo crea. No hacen el menor ruido, aunque funcionan veinte a la vez. Son silenciosas y funcionan con matemática precisión. En una demostración práctica convenci no ha mucho a todo un consejo de directores de un Banco.

Esta noche en mi habitación me enseñará,

si no le es molesto, cómo funcionan... Y ahora vamos, que ya mister Blythe nos aguarda.

Por el camino, haciendo caso omiso de las miradas y sonrisas indiscretas, en las que la joven le envolvía, iba pensando nuestro héroe en qué podía ser aquello y por quién le habían tomado.

La única solución posible vivía en la idea de que sus jefes hubiesen comunicado su paso por la ciudad de Chatam al tal mister Blythe, a quien ya deseaba conocer.

Pocos momentos después llegaban a la puerta de una señorial mansión, donde en seguida fué presentado a Mister Blythe, que le recibió con su sonrisa más placentera y acogedora.

También mister Blythe se fijó en la máquina portátil y también él preguntó:

—¿Es aquello?...

—Siempre va conmigo. Es el trasto más útil que existe en el mercado. Con ella no hay temor al fracaso. Funciona admirablemente.

—Es lo que necesitamos — le contestó sonriente Blythe para imponernos en las nuevas elecciones. ¿En cuántos días podría entregarme veinticinco?

—¿Veinticinco? — preguntó extrañado Kendal.

—Son justamente las que necesitamos. Us-

ted no sabe el trabajo que vamos a tener para triturar a nuestros competidores...

—Las que usted quiera.

Aquella venta suponía el retorno a Chicago victorioso. Era una venta que difícilmente hubiera hasta ahora realizado ningún agente con tan poco trabajo y tanta rapidez.

—Las que usted quiera.

—¿Cuándo las podríamos tener en nuestro poder?

—Dentro de cuatro o cinco días.

—Las necesitamos antes.

—Entonces, si le parece, haremos el pedido por teléfono y que las envíen por correo aéreo.

—Muy bien. Puede usted hacer el pedido.

—¿Quiere usted firmar el contrato de la venta a reembolso?

—Como quiera.

Kendal no cabía en sí de gozo. La fortuna se le había entrado de rondón, y salió en busca de la oficina telegráfica para enviar la nota del pedido.

En el despacho quedaron Blythe y Lucila frotándose las manos y plenamente satisfechos.

—Ahora veremos, señor juez, quién vence. No doy un dólar por tu vida.

SEGUNDA PARTE

Crawford Withely, juez de la ciudad, ageno al peligro que amenazara su vida, labora en su despacho ayudado por su hija, preparando las elecciones y atando cabos para meter en la cárcel a la banda que capitanea Blythe.

Ha dado fin al trabajo del día y aconseja a su hija que vaya a dar un paseo.

—No trabajes más, hija mía. Ve a dar un paseo antes de que cierre la noche. Abajo tienes el coche.

—No estoy cansada, papá...

—No importa. Me opongo a que trabajes más.

Momentos después la joven montaba en su auto y se disponía a dar un paseo. Apenas había llegado a las afueras, un coche que seguía al de la joven Doris Withely, se interpuso en su camino y tres hombres mal encarados descendieron de él, dispuestos a jugar una mala pasada al juez, en la persona de su hija.

El susto que ésta se llevó al verse sin auxilio ante aquella canalla que pertenecía a la banda de Blythe no era para descrito. Pero la Providencia tenía reservada para aquel momento una de sus *casualidades*, y ésta hizo su presentación en la persona de Kendall, que, al ver que tres bandidos trataban de ofender a una mujer, se lanzó en su defensa, haciendo una verdadera demostración de su preparación deportiva.

Los tres canallas, que le tomaron por el *Chico del Clavel*, y que conocían las malas mañas que le caracterizaban, volvieron a su coche y apelaron a la fuga, mientras los jóvenes se estrechaban las manos, volviendo a reanudar las relaciones comenzadas en el tren.

—Yo soy Doris Withely, hija del juez Chatham.

—Y yo, señorita, me llamo Clarence Kendall y soy corredor de máquinas de escribir de una casa de Chicago.

—Si quiere usted acompañarme a dar un paseo por la ciudad...

—Doris, con usted voy yo hasta las puertas del infierno...

Y ambos jóvenes, felices por la casualidad que les volvía a unir, montaron en el auto, contemplándose mutuamente con una sonrisa que parecía unirles para toda la vida.

Su paseo no pudo ser más delicioso. Bal-



Pretendía atraerle a su amor

buceos de un primer amor en el pecho de ambos, encendido por la simpatía. Palabras que eran jalones que señalaban el camino de un nuevo amor. Frases sin importancia para cualquiera y plenas de interés para los enamorados que comenzaron a admirarse en el tren y veían cómo aquella admiración iba abriendo brecha en sus almas jóvenes y capaces de una eterna primavera.

Los hombres afectos al padre de la muchacha vieron con extraña aquel paseo, pues

venían, desde su llegada, vigilando al que creían el *Chico del Clavel*, y uno de los criminales más peligrosos de Chicago.

No tardaron mucho en comunicar al juez Withely la clase de amistad que hiciera su hija con el forastero secuaz de Blythe, y así, cuando ambos jóvenes llegaron a las puertas de la mansión del juez, éste, desde sus ventanas, observaba al compañero de su hija, a la que había, costase lo que costase, de separar de la peligrosísima amistad de aquel hombre, que, según sus noticias, venía dispuesto, por encargo de su enemigo, a acabar con su vida.

En tanto, los dos jóvenes felices se despedían hasta el día siguiente.

—¿Nos veremos mañana, señorita Doris?

—Si usted lo desea, nos veremos.

—¿Y pasado, y el otro, y el otro, y todos los días?...

—Todos los que usted quiera, Clarence. Le soy deudora y estoy reconocidísima a su acto de hoy...

—¿Nada más que reconocimiento y gratitud he de esperar de usted?

—Dejemos que los días venideros traigan lo más necesario para los dos.

—Entonces, ya sé lo que traerán.

—¡Silencio! Ya hablarán las horas futuras. Ahora, hasta mañana, Clarence.

—Hasta mañana, Doris. Y peínse un poqui-

to en lo que ha de venir y yo recibiré con iluminaciones y flores prendidas en lo más hon-do del alma.

—¡Adiós!

—¡Adiós!...

Clarence no cabía en sí de gozo. Cuando salió de Chicago, sus jefes le anunciaron que para lograr la plaza de gerente era precisa una buena venta de máquinas y le fijaron el número, precisamente, que había conseguido colocar a Blythe. Había además tropezado con una encantadora mujercita y sentía nacer en su corazón un anhelo nuevo... Era feliz, completamente feliz.

Mientras la deliciosa Doris llegaba al despacho de su padre, notando con extrañeza su gesto serio y su seco recibimiento.

—¿De dónde vienes?—preguntó el padre, sin abandonar su seriedad.

—He salido con un joven muy simpático, a quien conocí en el tren... Te gustaría conocerlo...

—¿Sabes quién es ese joven tan simpático que te ha acompañado?

—Sí. Me lo ha contado todo. Vende máquinas de escribir por una importante fábrica de Chicago.

—Te ha engañado, Doris... Ese joven es un pistolero temible, que ha venido de Chicago, pagado por Blythe, para atentar contra mi vida...

—Eso es imposible—repuso, intensamente pálida, la muchacha... Hace un rato arriesgó su vida impidiendo que unos ladrones se llevaran mi auto.

—Esa es la táctica de el *Chico del Clavel*: su debilidad con las mujeres en proverbial...

—No lo creo... ¡Clarence es una buena persona!

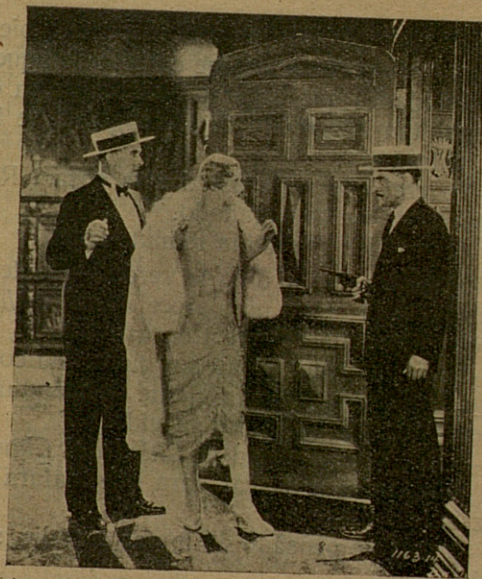
—Está bien; pero mientras nos cercioramos de sus verdaderos designios, abstente de salir en su compañía.

* * *

Había, por fin, llegado la noche, y el falso *Chico del Clavel* se acordó de la cita que le diera en sus habitaciones Lucila, la joven secretaria de Blythe.

Pocos momentos después, se hallaba en su presencia y muy pronto se dió cuenta de que la joven deseaba algo más que charlar con él de sus negocios.

La joven vampiresca, sugestionada por la leyenda de hombre bravo que envolvía el nombre del *Chico del Clavel*, pretendía atraerle a su amor, a sus caricias, que Clarence quería evitar por todos los medios.



El Chico del Clavel al hacer su presentación

Estaba enamorado y en estos primeros instantes de un nuevo amor es difícil lograr una traición a lo que comienza a ser el objeto de nuestros ideales y nuestros sueños.

Lucila se dió pronto cuenta que perdería el tiempo; pero no quiso ceder y trató de emplear todas las artes de seducción que están al alcance de una mujer bonita.

Tenía ante sí un joven casi inocente y bien pronto se dió cuenta de que carecía de aquellas cualidades que esperaba encontrar en el criminal tan *cacareado* de Chicago. Y se lo dijo, extrañada:

—Yo creí que sería usted otra cosa... Reconozco que me he engañado.

—¿Por quién me había tomado usted?

—Si quiere que le diga la verdad—contestó, despectiva—, no me parece usted el *chacal* que esperaba encontra en usted...

—Efectivamente, yo no soy fiera. Me contento con ser un pobre viajante de máquinas de escribir que lucha por la vida.

—Así... ¿no es usted el *Chico del Clavel*, que mandamos a buscar para que matara al juez del distrito?

—Jamás he pensado en matar a nadie, señorita.

—Pues si no lo es, procure serlo, si no quiere leer mañana su esquila de defunción en el periódico...

Y se acercó al teléfono, dispuesta a comunicar a Blythe el error en que estaban respecto al *Chico del Clavel*.

Clarence Kendall se dió en seguida cuenta de lo que aquello suponía y fué entonces cuando comprendió el juego que le envolvía. Había que defender su vida, y la vida amenazada del padre de su adorada Doris. Era preciso obrar como aquel gran criminal a quien

representaba hubiera obrado en caso parecido...

En aquel momento, Lucila por teléfono, decía:

—Póngame en comunicación con mister Blythe. Se trata de algo importante...

En aquel momento, Clarence, de un golpe en el brazo, la hizo soltar el aparato y luego, cogiéndola con ambas manos por el cuello, la lanzó contra un diván, preguntándole con gesto fiero:

—¿Se ha creído usted que soy tan estúpido que he de ir diciendo a cuantas mujeres me encuentro que soy el *Chico del Clavel*?

Como si aquello hubiese bastado para justificar la verdadera personalidad del criminal, Lucile le suplicó, mimosa, que le perdonara y que la contara algo de su vida, lo cual hizo Clarence, soltando por su boca sapos y culebras e imaginando crímenes verdaderamente dignos del historial del más criminal de los humanos.

Fué interrumpida la falsa enumeración de sus delitos por la llamada telefónica de Blythe, que les suplicaba que fuesen a encontrarse con él en el *Valencia*, en donde poco después estaban reunidos con el jefe de los pistoleros de Chatam, que en tono de reconvencción le dijo, apenas le tuvo delante:

—No hay duda de que eres listo, *Chico*; pero lo serías mucho más si dejaras por unos

días las mujeres. Te han visto pasear con la hija del juez y no te conviene esa amistad.

—¡Yo no acepto imposiciones de nadie, Blythe! Hago lo que me parece y siempre está bien.

—Bueno, hombre, no te enfades. Pero es conveniente que sepas que la policía te sigue la pista y es conveniente que te quites ese clave, que en tu solapa te denuncia, y ten entendido que no te he traído de Chicago por el gusto de pagarte el entierro...

—¿Qué quiere usted que haga?

—Matar a Withely, que a eso viniste, y hacerlo esta noche en su propia casa.

—Está bien; caerá.

—¿Sabes lo que es esto? — le dijo, mostrándole una pequeña bomba.

—Sí, pero no quiero emplear otros procedimientos que los míos propios. Mataré a Withely a mi manera. Y como si no temiese el juguete explosivo que le habían entregado, jugaba con la bomba como un chico travieso con una pelota.

Los hombres de Blythe y éste mismo estaban asustados...

—¡Cuidado, hombre! ¿Quiere usted hacernos añicos?—le preguntaron, temerosos, los que habían de acompañarle en su fechoría.

—¿Estos son los *hombres* que usted tiene, Blythe? Quédese usted con ellos. No quiero valientes a mi lado. Prefiero estar solo.

Y salió, dejándoles a todos asombrados.

—¡Seguidle!—ordenó Blythe a sus hombres—. No le perdáis de vista, no vaya a llegar más lejos de lo conveniente.

Efectivamente: no llegó muy lejos. Los policías de Withely, apostados a la salida del *Valencia*, se echaron sobre él, reduciéndole a la impotencia y conduciéndole a la cárcel, a pesar de la ayuda que trataron de prestarle los secuaces de Blythe, que le seguían.

* * *

Sería prolijo enumerar los incidentes a que dió lugar la prisión del *Chico del Clavel*, contra el que no había prueba alguna contraria, y le eran favorables las declaraciones de sus jefes de Chicago, a los que se telegrafió pidiendo declaración.

La más importante de las complicaciones fué la que dió el verdadero *Chico del Clavel* al hacer su presentación en el despacho de mister Blythe, ante el que dejó bien acreditada su verdadera personalidad, y al cual Blythe le encargó de matar al juez del distrito aquella misma noche, en el mitin que el partido contrario celebraría en el *Auditorium*,

y en el que seguramente Withely trataría de desenmascararle.

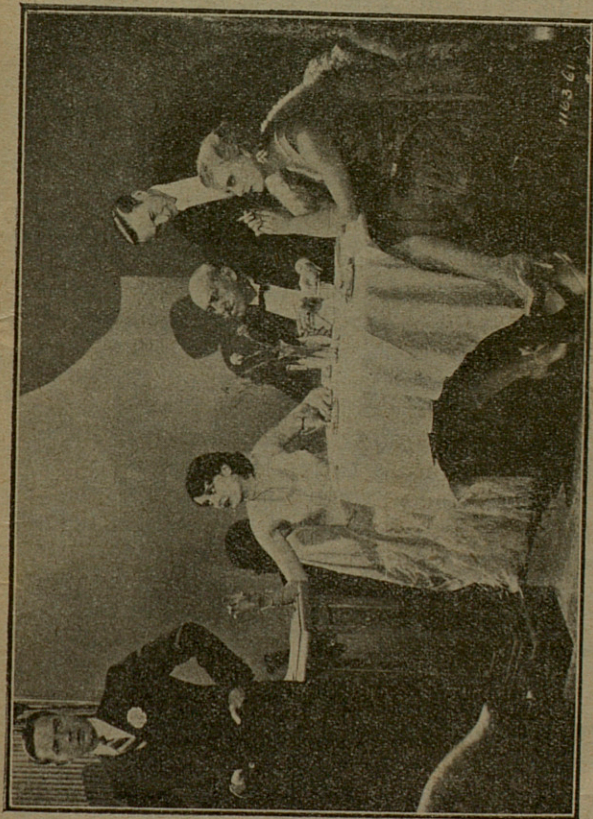
El verdadero *Chico del Clavel* prometió que el juez no escaparía de sus manos y salió del despacho de Blythe, que, sabiendo que en aquella misma noche se pondría en libertad al falso *Chico del Clavel*, que podía comprometerles con sus declaraciones, ordenó a sus hombres que fuesen a esperarle a la salida de la prisión y diesen fin de su vida.

Cuando Clarence, al fin, probada su inocencia, salía de la cárcel, los hombres de Blythe se le echaron encima y, montándole en un auto, trataron de llevárselo a un lugar apartado para dar fin de él.

No contaban con la agilidad ni con los puños de Clarence, quien, al saber por su boca que aquella misma noche el verdadero *Chico del Clavel* acabaría con el padre de su amada y con los jefes principales de su partido, repartió unos cuantos de sus férreos puños, a tiempo que saltó del coche, perdiéndose en la oscuridad y dirigiéndose al Auditorium, donde, a poco de observar, vió cómo una sombra avanzaba por el tejado, dirigiéndose a la claraboya de la sala donde se había de celebrar el mitin.

Trepó al tejado con suma rapidez y no tardó en caer sobre el criminal, con el que se enzarzó en una lucha silenciosa y tenaz.

Mientras arriba luchaban, el juez Withely,



Yo no acepto imposiciones de nadie

en pleno discurso, decía con voz que resonaba en todos los ámbitos de la sala:

—Las fuerzas del mal se muestran más insolentes que nunca... Sé que está en la ciudad un criminal de Chicago que intentó matarme; pero espero que antes de dar fin de mi vida podré lograr su detención, así como la del jefe de los pistoleros por cuyo encargo viene a acabar conmigo.

En aquel momento, la voz de Clarence, que continuaba en el tejado luchando por impedir que el *Chico del Clavel* arrojase su bomba homicida, se derramó por la sala, imponiéndose a todos los aplausos con que fué premiado el discurso del honrado juez.

—¡Cuidado, míster Withely! ¡Váyanse del salón! ¡Sus vidas corren peligro!

Cuando todos, como sugestionados por la orden, acaban de salir de la sala, una detonación formidable estalló en su interior, por fortuna, sin encontrar otra víctima que el propio criminal, con el que luchaba Clarence, y el cual cayó herido ante los ojos de todos los que contemplaban la escena.

Poco después, estaba Clarence ensangrentado en brazos de Doris, que sonreía diciéndole:

—Has estado admirable, Clarence... ¿Verdad, papá?

—Sí, hija. Merced a él nos encontramos todos con vida. Gracias, muchacho; muchas

gracias. Y en cuanto a Blythe, no te preocupes, que a estas horas se encuentra en la cárcel.

Y dejó a su hija que vendase las heridas del muchacho mientras le decía:

—¡Cuánto he sufrido!... ¡Creí que aquel asesino te mataría!

—Sin duda, estaba reservado para verme en tus brazos con muchas ganas de vivir, de querer y de que me quieran.

—¿Aun conservas mi clavel?

—¿Cómo quieres que no lo conserve si a él debo mi felicidad? ¿Me figuro que estarás dispuesta a que seamos felices?

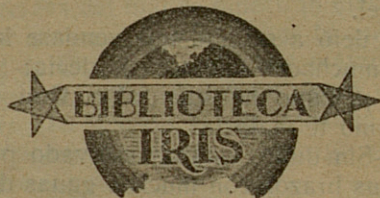
—¡Con toda mi alma!

No había otra respuesta que la que empleó Clarence y fué estrecharla contra su corazón y besarla... besarla, poniendo en sus besos la vida entera y el amor infinito que hacía vibrar su corazón enamorado y feliz con el triunfo que le otorgaba como premio a tanta belleza y a tanta felicidad...

F I N

8.19-2-6/8

SEÑORITA !!



Esta será una lectura predilecta

SON LOS PRIMEROS TÍTULOS

CORAZONES ORGULLOSOS

Novela sentimental y amorosa,
llena de sublime sacrificio.

ASTUCIAS DE AMOR

Novela de asunto simpático y de-
mostración de lo que puede el
ingenio femenino.

UNA peseta tomo 96 páginas
 de texto selecto

— PEDIDOS A —
Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

YA ESTA A LA VENTA
EL GRANDIOSO

ALMANAQUE de Biblioteca Films

PORTADA A TODO COLOR

PROFUSIÓN DE GRABADOS
ANÉCDOTAS DE CINELANDIA
NOVELAS DE LOS MÁS GRANDES FILMS
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS PREDILECTOS

Precio popular: UNA peseta

CENTROS DE REPARTO:

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA
Barbará, 16.-BARCELONA Caños, 1.-MADRID

Si no lo encuentra en su localidad pídale a:

BIBLIOTECA FILMS
Apartado de Correos 707.-BARCELONA

remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos de correo
que se lo enviará en seguida,